

863.

S.

PQ6565

.S4

M3

v.2



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID: Imprenta de M. RIVADENEYRA. Duque de Osuna, 3.

MISERIA HUMANA.

CAPÍTULO PRIMERO.

¿Qué será.....?

Ya sabemos cómo se habían cruzado las primeras miradas y las primeras sonrisas entre Miguel y Magdalena, entre el presunto millonario y la futura duquesa; ó lo que es lo mismo, entre el *corrector de pruebas* y la costurera ó la modista; en fin, entre el amigo de Matusalem y la hija de Juana; y ahora debemos esperar que se crucen entre ellos las primeras palabras, que regularmente serán palabras casi vacías de sentido, pero de

II.

I

cualquier modo llenas de amor, de ese amor espontáneo que se siente... válgame Dios... sin saber qué se siente.

Miguel había experimentado el deslumbramiento de esa admiración que á primera vista causa la hermosura, y se había dicho á sí mismo muchas veces..... «¡Qué hermosa es!»

Después había observado que la mirada de la vecina resplandecía con una luz tan pura, que le parecía imposible sentirla sin adorar en ella á un alma desnuda de toda malicia..... Es claro, la hacía tan hermosa de alma como de cuerpo.

Todo pensamiento grosero se disipaba ante aquellos ojos de un azul profundo, de un azul misterioso, de ese azul que muestra el cielo en las noches serenas, poco después del crepúsculo, sobre la tibia atmósfera de los climas meridionales.

Parecía que por aquellos ojos miraba un ángel.

Muchas veces había sentido Miguel las miradas provocativas de las mujeres que llevan en los ojos ó la vanidad impertinente de

sus atractivos, ó una curiosidad equívoca, ó lo que es peor, la expresión descarada de una sensualidad vergonzosa.

Estas miradas complacen mucho á los hombres, porque, al fin, para los hombres vulgares una mujer sin decoro es siempre un hallazgo, y francamente y con permiso del principio de la soberanía popular, debo añadir que el vulgo está en todas partes en mayoría.

La honestidad de las mujeres tiene dos grandes enemigos en los ojos, aunque los ojos sean pequeños.

Miguel había encontrado muchas de esas mujeres, mejor dicho, muchas de esas miradas, sin dejarle más impresión que la del momento, tan fugitiva como la mirada misma.

Su corazón era una especie de vagamundo, que iba de una parte á otra sin fijarse en ninguna; las mujeres feas no le gustaban, y las mujeres hermosas le parecían fátuas.

Allá en el último rincón de su alma se había él forjado un mundo imaginario, cuya realidad no encontraba por ninguna parte, y

se vengaba de esta crueldad de su suerte burlándose de la realidad de todas las cosas.

Nada le parecía tan ridículo como un hombre enamorado; para él el amor era la luz, y enamorarse, según lo que tenía observado, era cerrar los ojos, más aún, quedarse ciego.

«Todo hombre, se decía, encuentra siempre una mujer que lo quiera; esto está demostrado: tiene mujer hasta el verdugo.

»Novio: hé ahí una posición abierta para todos los hombres; porque toda mujer, desde que lo es y antes de serlo, sueña con un novio, y este novio puede ser cualquiera.

»Marido: hé ahí una cosa mucho más fácil que ser pobre, que ser tonto, que ser malo, porque todas las mujeres quieren casarse.

»Supongamos, añadía, que yo soy el hombre más hermoso de la tierra; mi vanidad de estatua estará siempre satisfecha, las mujeres se disputarán mis obsequios, querrán dominarme, encadenarme, poseerme.

»Supongamos que hay alguna que toma por amor de su alma el alucinamiento de sus sentidos; supongamos que yo creo en esa

pasión de perspectiva. Nada faltará á mi felicidad, esa mujer cerrará los ojos para no ver nada más que á mí.

»Hé ahí un amor profundo, inmenso, que duraría todo lo que pudieran durar los frágiles encantos de mi persona.

»Disipada la perspectiva se desharia la ilusión óptica.

»Dejaría de ser hermoso, lo cual sería lo mismo que dejar de ser querido.

»Así adoran las mujeres sus joyas, sus adornos, sus dijes.

»Sed ricos y deslumbraréis con vuestros millones, y las mujeres adorarán vuestra opulencia.

»Un hombre rico es siempre un tesoro para cualquiera mujer..... hambrienta.»

Así discurría este soñador de veinticinco años, deduciendo estas dos consecuencias: «No quiero ser hermoso, ni quiero ser rico.»

Sin embargo, respecto á la segunda consecuencia había variado de parecer. Ya sabe el lector que hubo un momento en que se abrió su alma al deseo de ser rico; pero aque-

llos millones amontonados sobre una cuartilla de papel se los llevó el aire, y debemos decir que ya no volvió á pensar en semejante cosa.

Respecto á la decision de no ser hermoso, se mantenía firme en ella; mas la portera, con sonrisa bastante maliciosa, habia observado que el pobre muchacho ponía más cuidado en vestirse; lo habia sorprendido muchas veces haciéndose el lazo de la corbata, sirviéndose de los vidrios de la ventana como de un espejo.

Un día lo vió bajar y se le quedó mirando. Miguel se detuvo en el último descanso de la escalera, y dijo:

—Le conozco á V. en la cara que va á soltar alguna tontería.

—¡Válgame Dios! exclamó Gertrúdis santiguándose, lo que es hablar á tiempo; casualmente lo estoy mirando á V. y no tengo nada que decirle.

—¿Nada? ¡Absolutamente nada?

—Nada.

—De manera que hoy podré salir á la calle sin sufrir el registro de esa aduana que

contra mi equipaje tiene V. establecida en su portería?

—No sé lo que es eso de aduana ni de registro; mi obligacion es ver quién entra y quién sale, y yo no tengo la culpa de que usted no sea invisible.

—Pero, portera insoportable, ¿me quiere V. hacer el favor de decirme qué especie de inspeccion es ésta que V. se obstina en ejercer sobre mí?

—Es cosa de desesperarse con este hombre. Vaya una manía. Se viste, se acicala, se peina y se perfuma como una señorita, y no quiere que yo lo note. ¿Qué mal le hago yo en advertir que se va volviendo otro?

—Sin duda V. quisiera que yo anduviera siempre hecho un Adán, raído, destrozado, en cueros.....

—¡Ave María purísima! Usted es el que parece empeñado en que yo no lo vea nunca vestido.

—Pero bueno. ¿A V. qué le importa que yo me vista, y me asee, y me acicale, y me peine, y me perfume?

—¿Y á V. qué le importa que yo repare en ello?

—Vamos á ver. ¿Le robo yo á álguien mis pobres vestidos?

—Vaya una salida..... Pero dígame usted, ¿mis ojos no son míos? ¿Le quito yo á nadie la luz con que veo?

—No bajo vez por esta escalera que no me la encuentre á V. ahí: apénas me ve empieza á sonreirse, y en cuanto empieza á sonreirse empiezan á llevarme á mí todos los demonios.

—Debe ser así, porque sale V. siempre echando chispas, y en cuanto pone el pié en la baldosa de la calle alza la cabeza y mira al cielo como si quisiera buscar la mirada de algun ángel.

Miguel bajó los ocho escalones que lo separaban de Gertrúdis, se acercó á ella y le dijo en voz baja:

—¿Cuándo ha visto V. eso, demonio de mujer?

Gertrúdis acercó la cara al oído de Miguel, y parodiando el ademan trágico de éste, le contestó tambien en voz muy baja:

—Eso lo veo yo todos los dias.

—Pues señor, este es un espionaje insufrible. Yo no puedo cepillarme el pantalón sin que la señora Gertrúdis no lo note. No puedo ir limpio sin que me diga: «Bueno, esta semana ya van tres camisas.» Si me abotono la levita, es que quiero lucir el talle; si la llevo suelta, es que quiero lucir el chaleco. ¿Le parece á V., señora, que un ciudadano en un país civilizado puede vivir mucho tiempo bajo el imperio de semejante estado de sitio? ¿Quién le ha concedido á usted la facultad extraordinaria de vigilarme de ese modo? ¿A qué viene este estado excepcional en que me tiene? ¿Es V. una portera, ó es V. un agente de policía? Reclamo la integridad de mis derechos constitucionales; V. me la devuelve ó yo emigro. Quiero vestirme sin que V. lo note; quiero entrar y salir sin que V. repare en ello; quiero vivir, en fin, sin que V. se meta, como Pedro por su casa, en el hogar doméstico de mi vida.

Gertrúdis se santiguó diciendo:

—Bendito sea Dios, habla V. como un

periódico, y así es que no dice V. más que desatinos. ¿No es V. mi huésped?

—Sí señora.

—Pues tengo que saber lo que come, lo que viste, lo que duerme. ¿No soy yo la portera de esta casa? Pues tengo que verle cuantas veces éntre y cuantas veces salga.

—Pues esa ama de huéspedes es insufrible, y esa portera insoportable.

—Bueno; pero no es eso todo.

—¿Qué más hay?

—Hay, que yo lo miro á V. como á un hijo, y sé hasta lo que piensa.

—¿Y qué pienso yo, señora Gertrúdis?

—En este momento piensa V. que esa levita que lleva le cae muy bien; que esa corbata azul realza la blancura de su cuello; piensa V., en fin, que va hecho un guapo mozo.

—¿Y de dónde ha sacado V. eso?

—¿De dónde!.....

—¿Sí señora! ¿de dónde?

—¿Pues aunque yo estuviera ciega!

—¿Y qué ve V. en mí para hacerme víctima de semejante calumnia?

—Veo que quiere V. agradar; que quiere V. parecer bien. Esto no tiene nada de particular para que haga esos gestos y se ponga tan furioso; pero, amigo mio, esto es nuevo; V. no era así ántes, y.....

Miguel se cruzó de brazos con la calma desesperada de un héroe de tragedia, y Gertrúdis se detuvo mirándole con una sonrisa muy natural, pero muy burlona.

Miguel le dijo:

—Prosiga V., señora, prosiga V.; porque estoy dispuesto á beber hasta la última gota del veneno que destila esa lengua de víbora. Prosiga V., prosiga. Yo soy Sócrates y V. es la cicuta.

—Dios sabe quién será ese Sócrates y quién será esa Cicuta.

—Sócrates era un filósofo, dijo Miguel.

—Pues no diga V. más; entónces, la Cicuta debía ser alguna perdida; por el hilo se saca el ovillo.

—Señora, la cicuta es el veneno que le hicieron beber á Sócrates.

—Lo mismo me da. El caso es que V. no era así ántes; decia V. que era eso..... filósofo.

sofo, y ensartaba V. cada disparate que cantaba el credo. Decía V.: la belleza es..... no me acuerdo; es..... Jesús, lo tengo en la punta de la lengua.....

—Pura perspectiva.

—Eso es, perspectiva.

—Y lo mismo que lo decía lo digo; sí señora; la belleza es un conjunto de adornos más ó ménos armonioso; una combinación de pormenores fugitiva; un poco de polvo brillante que el más ligero soplo se lleva.

—Y bien; ¿y qué?

—¿Qué? Que á las mujeres se las puede permitir que sean hermosas y que quieran serlo; pero al hombre sólo le es permitido ser hombre.

—No entiendo ni una palabra de lo que está V. diciendo; el hombre debe ser hombre y la mujer mujer: esto es claro, así lo ha dispuesto Dios; pero ¿qué mal encuentra V. en que la mujer sea hermosa y el hombre no sea feo?

—El hombre, señora Gertrúdis, como no sea un monstruo, es siempre hermoso;

porque siempre tiene la gallardía de la fuerza, la belleza de la inteligencia.

—Vaya una noticia. De manera que para ser hombre es preciso tener muchos puños y mucha cabeza.

Miguel se sonrió, y dijo:

—Eso mismo.

—Pues allí tiene V. á su hombre, exclamó la portera señalando hácia la calle, en la cual se veía apoyado sobre la pared una masa humana al parecer, cuya enorme cabeza desaparecía bajo las inmensas alas de un sombrero informe.

La figura que la señora Gertrúdis señalaba á Miguel como el tipo, digámoslo así, de su bello ideal, era un mozo de cordel.

Miguel se encogió de hombros; figura retórica con la cual quería decirle: es V. imbecil.

En aquel momento se dibujó en el cuadro de la puerta una figura de mujer, que volvió la cabeza como quien trata de averiguar si álguien la sigue; se detuvo vacilando sin saber qué hacer, hasta que al fin, decidiéndose, salvó con graciosa ligereza el portal

que se levantaba sobre la acera de la calle, y entró diciendo con voz agitada y temblorosa :

— ¡Señora Gertrúdis, señora Gertrúdis!

No había mucha distancia desde el pié de la escalera hasta la puerta de la calle, pero la portera notó en el acento de la voz que la llamaba tal urgencia, que se adelantó á su vez exclamando :

— ¡Qué es, hija mia! ¡qué ocurre!

La portera llamaba así á una preciosa criatura modestamente vestida, pero que á cualquiera le hubiera parecido una gran señora que había tenido el capricho de vestirse humildemente.

Había en su persona lujo de belleza.

Se veían reunidos en ella, por un gracioso capricho de la edad, los encantos de la niña y los atractivos de la mujer.

Notábase en su aire y en todos sus movimientos esa elegancia que la moda busca con volubilidad incansable y que la naturaleza guarda en la misteriosa caja de sus secretos con impenetrable sigilo para sus hijos predilectos.

La sencillez de su traje rayaba en pobreza, y sin embargo, aquel conjunto respiraba lujo.

Todos los pormenores estaban escogidos, de manera que al verla nadie podía decir: «Quiere y no puede.»

Más bien podía decirse: «Ni puede ni quiere.»

El lujo es la pasión de las mujeres. Por ahí se las ve, desde las más humildes hasta las más soberbias, desde las más pobres hasta las más ricas, arrojando á los ojos de la turba que las admira, la confesión de un deseo ardiente jamás satisfecho.

Todas van diciendo: «No tengo bastante.»

«No tengo bastante», es una frase que necesita ser traducida para la completa inteligencia de aquellos lectores que no hayan aprendido todavía á traducir su propia lengua.

«No tengo bastante», es lo mismo que decir: «¿Quién me compra?»

Detrás del lujo está la miseria, como detrás de los ojos están las lágrimas.

No tengo bastante, dicen todas; pues bien, la hermosa criatura á quien Gertrúdis acaba

de llamar «hija mia», parece que dice: «Todo me sobra.»

Miguel permanecía al pié de la escalera contemplando con particular atencion aquel semblante risueño y triste á la vez; aquella boca pronta á sonreirse, aquellos ojos prontos á llorar.

La pregunta de Gertrúdis habia quedado sin respuesta; así es que volvió á preguntar:

— Pero ¿qué es, hija mia? ¿qué ocurre?

— Que soy muy desgraciada, dijo la *niña*, y sus párpados se cubrieron de lágrimas.

En este momento vió á Miguel, que la contemplaba, y en el que no habia reparado todavía, y entónces la *mujer* recogió apresuradamente sus lágrimas, quiso sonreirse y añadió:

— Nada; ¿qué ha de ser? que soy una loca.

La señora Gertrúdis le cogió la mano, y dijo:

— Bueno; serás una loca, pero estás temblando.

— ¡Tiemblo! Sí, es posible. No tiene nada de particular. ¡He venido tan deprisa!

— Pues entra aquí y descansa; beberás un vaso de agua con azúcar, que te sentará muy bien; me parece que tienes la boca seca.

— Sí, un poco.

— Entra, entra.

Y diciendo y haciendo, la portera la empujaba hácia el estrecho chiribitil, desde donde vigilaba la entrada de la casa, merced á un ventanillo hábilmente abierto, y desde el cual se veía desde la puerta de la calle hasta el primer descanso de la escalera.

Este chiribitil, arrinconado debajo del segundo tramo de la escalera, tenía sobre el ventanillo un magnífico letrero, en el que era imposible no leer la palabra *Portería*.

— Vamos, entra.

— Es que.....

— ¡Qué!

— Que es tarde.

— Más tarde será mañana.

— Pero.....

— Tengo curiosidad por ver lo que traes en ese lío.

— ¿En este lío?

— Sí, en ese lío; yo tengo obligacion de

enterarme de todo lo que sale y entra en la casa.

— Son unos encajes.

Al decir esto volvió la cabeza hácia la puerta de la calle, en la cual debió ver algo, porque empujando entónces ella á Gertrúdis, dijo con notable precipitacion:

— Sí, sí; entraré; estoy cansada; el vaso de agua me sentará muy bien, y verá V. los encajes; son magníficos, es cosa muy rica.

Y apartó á Gertrúdis y se entró en la portería, pasando por delante de Miguel sin levantar los ojos.

Miguel la siguió con la mirada, y sin saber quién hablaba dentro de sí mismo, sintió como en el fondo de su alma una voz que le decía:

— «Parece que se esconde.»

Gertrúdis se quedó suspensa un instante, se mordió el labio inferior, y se entró en su chiribitil diciendo:

— Sí, veamos los encajes.

Al mismo tiempo se hacia con el pensamiento esta pregunta:

«¿Qué será.....?»

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
CAPÍTULO II. "ALFONSO REYES"
19do. 1625 MONTERREY, MEXICO

Malo..... Malo..... Malo.....

No se veian más que dos sillas en el *chiribitil* de la portera: sin duda alguna eran pocas, pero la verdad es que no cabian más; por consiguiente, no debemos atribuirlo á la escasez de sillas, sino á lo reducido del espacio.

Ademas habia sido preciso partir la miseria del terreno con otros dos muebles indispensables: eran éstos una pequeña mesa de pino blanco con honores de costurero, que servia á la señora Gertrúdis para hacer sus labores, principalmente para hacer calceta, por ser su labor favorita, y un armario estrecho y alto como la caja de un reloj, donde la portera tenía una bandeja con dos vasos, un papel con azúcar y una botella con